

## BIBLIOGRAFIA

según el enfoque coactivo de la sociedad (pp. 259-262).

La obra termina con unos capítulos dedicados a exponer lo que podríamos llamar estado actual de la epistemología de las ciencias sociales, donde se examinan propuestas metodológicas que van desde el superracionalismo de G. Bachelard (pp. 259-277), las diversas corrientes postpositivistas —el racionalismo crítico de K. Popper (pp. 281-292), la epistemología histórico-sociológica de T. S. Kuhn (pp. 296-304), la de los «programas de investigación» de I. Lakatos (pp. 304-311), el anarquismo epistemológico de P. Feyerabend (pp. 311-320)— hasta el pensamiento de R. Boudon acerca de los tipos de teorías y los niveles de verificación en las ciencias sociales (321-331).

Nos parece exagerada la afirmación de Edel, según la cual cuando las ciencias no tienen de qué hablar se ocupan de métodos. No obstante, resulta evidente que la preocupación metodológica en las ciencias sociales —aunque no sólo en ellas—, unida al esfuerzo por perfilar tanto su estatuto científico oportuno como su lógica propia, ha estado presente de forma notoria especialmente en lo que va de siglo. Nos parece que la obra de J. Rubio es buena prueba de ello, pues con gran finura argumentativa, capacidad sintética y rigor y orden expositivos, consigue ordenar el complejo mundo de las corrientes metodológicas, proporcionando de ese modo una gran ayuda al estudioso e investigador de estas cuestiones.

JOSÉ LUIS DEL BARCO COLLAZOS

VON BRANDESTEIN, B. F., *Cuestiones fundamentales de filosofía*, Herder, Barcelona, 1983, traducción de Claudio Gancho, 240 páginas.

El empeño por encarar las cuestiones fundamentales de la filosofía resulta urgido, según el autor, por el clímax pesimista hoy frecuente, que no sólo lleva a adoptar actitudes existenciales nihilistas y de temor ante el hombre, sino que, ya en el terreno de la filosofía, compele a ésta a abdicar de aquellos interrogantes cuya alteza de miras la identificó desde sus inicios. De aquí que sólo desde 'a rehabilitación del «sentido», como inherente a las acciones del hombre e incluso a los datos que las antecedan y fundan, se haga posible el planteamiento del género de cuestiones que el libro va a tratar. Por estribar en algo primario y universal, la existencia del sentido no necesita ser demostrada, sino que basta con su ejemplificación; por el contrario, la oposición al mismo ha de hacerse desde su negación expresa, o bien, dicho de modo positivo, necesita de la declaración explícita y dogmática del «azar ciego» como sustituto de las unidades de sentido.

En primer término, es un aspecto universal en los entes la mutación que revela inestabilidad. Si los existentes forman una serie, en la que la aparición de unos eslabones conlleva la desaparición de los precedentes, el sentido lógico y ontológico del todo serial requiere alguna existencia necesaria, no afectada por la caducidad. Lo contrario equivaldría a poner en la nada el origen del ser, contrariando el

## BIBLIOGRAFIA

axioma «ex nihilo, nihil». Se examinan a este respecto dos hipótesis alternativas: a) que la necesidad pertenezca ya a la sucesión como tal, sin principio ni fin; b) que la serie en cuestión haya tenido un inicio, en cuyo caso la necesidad sólo podrá ser atributo del Ser que ha dado comienzo a aquélla. Si bien dependencia en el ser no equivale a posterioridad temporal, Brandestein considera que la sucesión en el tiempo, inversamente a lo anterior, sí es signo de *alguna* dependencia en cada uno de sus miembros, incluido el primero. De aquí que la suposición primera no sea viable, en tanto que connota un aplazamiento indefinido del problema porque una serie temporal no numerable, y, por tanto, no limitada por un comienzo y un término, no puede ser la que corresponde al conjunto de los entes finitos, al no poder ser recorrida en un tiempo finito: «...como no es posible el recorrido a través de infinitamente muchos elementos en acto, y eso sería lo que hubiera tenido que ocurrir en otro caso. Síguese que una serie de cambios sin principio es imposible, y el axioma correcto, que exige siempre un paso —efectivo— entre dos extremos, demuestra precisamente el necesario comienzo (el primer «extremo») y la imposibilidad de una serie sin comienzo» (pp. 56-57) (en este aspecto se aparta intencionadamente de Tomás de Aquino, que había afirmado también el comienzo temporal del universo, pero basándose sólo en la Revelación, sin tener por absurda la tesis opuesta). La aceptación de la hipótesis alternativa traerá consigo eliminar la idea del tiempo

vacío allí donde no hay un ente que cambie —de tal idea no supo deshacerse Kant en la antítesis de la primera antinomia—, adscribiendo el carácter necesario al Ser supremo, idéntico sin residuos consigo mismo y sólo así origen radical del ser contingente.

En segundo lugar, el estudio de la causalidad empieza por la descripción de ésta como «fundamento real que pone al efecto en el ser», o también «fundamento ontológico productivo».

Brandestein apela a la percepción interna del yo-causa trascendente, que sobrepasa a sus efectos (imaginaciones, pensamientos, actuaciones...) no sólo en virtualidad operativa, sino también en duración; si no se tratase de lo esencialmente impercedero, habríamos de suponerle influido por otra causa para dejar de ser, en contra del principio axiomático de que el efecto de una causa propia no puede ser el no-ser. Por el contrario, la materia, sobre la cual actúan diversas fuerzas, es el puro efecto, carente de toda autonomía causal. Su oficio es el de portadora de un «sentido», expuesto por medio de las leyes físicas y biológicas, que destruyen a su vez toda representación de lo material como un bloque sólido y compacto. El recorrido por el conjunto armónico del universo termina destacando, tras el examen de las diversas organizaciones de sentido, la dualidad cuerpo/espíritu que comporta el ser del hombre en el seno de su unidad originaria: tan improcedente sería plantear la génesis del alma sobre la base del cuerpo al que ella interpenetra como ver en la corporeidad una mera apariencia, en vez

## BIBLIOGRAFIA

de un conjunto dinámico, capaz de oponer resistencia.

Más breves son los capítulos dedicados respectivamente al conocimiento y al valor.

Precisamente las últimas páginas constituyen un razonable alegato en pro de la objetividad del valor, en el interior de la cual se entrecruzan las distinciones valor-medio/valor-fin y valores dependientes/independientes, sin que quepa la posibilidad de que los valores-medios sean independientes. Entre los valores-fin que a su vez son independientes está la verdad, que de suyo no consiente que su carácter absoluto sea transferido a las opiniones variables y circunstanciales, «a no ser que casualmente coincidan con la verdad, única que brinda el fundamento absoluto» (pág.

230). El autor se limita a entreabrir el rico panorama que será abordado en su obra *Problemas de una ética filosófica*, cuya recensión fue hecha en esta misma revista (1983, n.º 2).

La dificultad del libro no está en sus tesis, claramente formulables. Sí resulta, en cambio, fatigoso el estilo excesivamente ramificado; sin que ello mengüe el vigor del hilo conductor fundamental, a saber, que «ser, sentido y valor constituyen una realidad inseparable, considerada y expresada desde perspectivas diferentes» (pág. 234). Son frecuentes, al igual que en su tratado ético, ciertas objeciones y sus réplicas, hechas constar a modo de excursus al concluir cada apartado.

URBANO FERRER SANTOS